

llos, á quienes su excesiva impaciencia por arri-  
marse al fuego no les permitia precaucion alguna.  
Solo se salvaban los que por virtud de una marcha  
continua, de algunos alimentos moderadamente to-  
mados, de algunas bebidas espirituosas ó calientes,  
mantenian la circulacion de la sangre, ó que, sin-  
tiendo una extremidad paralizada, la frotaban con  
nieve hasta volverla á la vida. Los que descuida-  
ban esto, se hallaban paralizados por la mañana, al  
abandonar el bivaque, ó del cuerpo todo ó de al-  
gun miembro atacado súbitamente de gangrena.  
Otros, al parecer mas favorecidos, morian en me-  
dio de una buena fortuna inesperada. Si, por ejem-  
plo, hallaban alguna granja para pasar la noche,  
alli encendian grandes hogueras, se entregaban al  
sueño, dejaban que el incendio cundiese, y no des-  
pertaban sino cuando se les desplomaba encima el  
techo cubierto de llamas. Porcion de muertos se  
contaron por este extraño accidente, el menos es-  
perado sin duda.

A esta muchedumbre de victimas llegaron á  
añadirse inutilisimamente otras, que sucumbieron  
todavía mas pronto que aquellas, cuya suerte la-  
mentable acaba de ser referida. Al partir Napoleon  
no dejó mas que instrucciones vagas por extremo,  
tan preocupado se hallaba de los desastres padeci-  
dos y de los que le seguian amenazando. Reco-  
mendado habia que al llegar á Wilna se juntasen  
las tropas, se las alimentase, se las armará de nue-  
vo, se las concentrara, y se replegasen de seguida  
hácia el Niemen, si junto al Wilna no se podian  
hacer firmes. Por desgracia nada habia prescripto  
respecto de los veinte y cinco mil hombres ó cerca  
de ellos, que estaban en Wilna, y cuya conserva-

cion dependia del cuidado que se dedicara á no  
moverlos sin necesidad de aquel punto. Sabiendo  
Mr. de Bassano y el gobernador de la Lithuania  
que el grande ejército venia vivamente persegui-  
do por los rusos, no habiendo sobre todo experi-  
mentado en lo que podia venir á parar una tropa  
al cabo de cuatro ó cinco dias de marcha con el  
tiempo que hacia, llevados de la intencion mas sa-  
na, enviaron á Smorgoni lo mejor que se hallaba  
en Wilna, especialmente la division francesa de  
Loison, las brigadas de Coutard y de Franceschi,  
la caballería napolitana y la caballería de marcha.  
Todos eran jóvenes y muy capaces de batirse á  
maravilla, segun lo habia acreditado recientemen-  
te la division de Durutte, enviada al general Rey-  
nier, pero incapaces de soportar cuarenta y ocho  
horas los padecimientos que agoviaban ya hacia dos  
meses á los infelices vueltos de Moscou. Saliendo  
de los cuarteles con un calor de 44 ó 45 grados, y  
pasando á un frio de treinta, los mas enfermaron  
y perecieron de alli á pocos dias.

Habiendo salido el ejército de Molodeczno, ha-  
lló á los unos en Smorgoni, á los otros en Ochmia-  
na, bien vestidos, bien alimentados, y muertos de  
súbito pasmo á pesar de todo. Moviöse á lástima,  
sin embargo de la insensibilidad en que habia cai-  
do. Cinco ó seis dias bastaron para que murieran  
ocho ó diez mil de estos recién llegados. Sobre to-  
do los napolitanos, traídos de tan lejos para hacer  
bajo el cielo de Rusia el aprendizaje de las armas,  
sucumbieron á lo repentino de tamaña prueba. Los  
menos mal parados solo perdieron sus caballos. De  
esta suerte se empezaron á disipar sin ningun pro-  
vecho los últimos recursos, que se pudieran em-

plear en detener al enemigo y reorganizar la hueste.

Finalmente, á fuerza de andar, de padecer, de sembrar la tierra de muertos aquella masa desolada, macilenta, enflaquecida, cubierta de andrajos, llevando encima de sus uniformes los mas singulares vestidos que pueden imaginarse, pieles cogidas en Moscou y para uso de hombres y de mugeres, telas de seda sucias y quemadas, coberturas de caballos, y en suma todos los objetos que habia podido apropiarse, llegó el 9 de diciembre á las puertas de Wilna. Para aquellos corazones, que ya á todas las impresiones parecian insensibles, fué esto ocasion del postrer sentimiento de gozo.— ¡Wilna, Wilna!—Semejaba que el reposo, la abundancia, la seguridad, y en fin la existencia, se iban á hallar de nuevo en aquella feliz capital de la Lithuania, donde, segun se anunciaba y se repetia con fruicion, habia acumulado la prevision de Napoleon inmensos recursos. Ciertamente no habia tantos como se suponía, pero si mas de los que hacian falta para cubrir las primeras necesidades de las tropas, y darlas fuerza para llegar al Niemen. Olvidando la muchedumbre, á la vista de los muros de la ciudad, que la puerta mas ancha seria un desfiladero muy angosto, para tantos hombres como anhelaban entrar al mismo tiempo, y sobre todo para la masa de bagages, que se conservaban todavia, no pensó mas que en dar vuelta á aquellos muros, para penetrar allí por muchas partes. Maquinadamente se seguía la cabeza de la columna, y muy luego se aglomeraron junto á la puerta que mira hácia Esmolensko, y se ahogaron, y golpearon, y mataron como en los puentes del Berezina. Durante veinte y cuatro horas hubo la misma apre-

tura, la misma dificultad de entrar, á causa del extremado anhelo de hacerlo pronto. Muy luego los esfuerzos de la autoridad por restablecer el orden en los cuerpos de tropas, dió márgen al mismo desórden que en Esmolensko. Se queria pan, carne, vino, abrigo sobre todo, y nadie estaba de humor de que se le despidiera por empleados de la administracion militar á un regimiento que ya no existia, y del cual ya no quedaban mas que algunos oficiales marchando juntos en rededor del abandonado, que á menudo habia tambien doblado la bandera y guardádola en su saco para salvarse. De nuevo se precipitaron sobre los almacenes para saquearlos. Encontrando los soldados, que llevaban algo de dinero, cafés, tabernas, posadas, almacenes de todas clases en una poblacion amiga, que no habia huido, se agolparon á comprar lo que les hacia falta, asustaron con sus gritos á los que podian suministrarlo, hicieron que se cerraran todas aquellas casas donde pudieran hallar con que vivir, y viéndolas cerradas, a pesar de no querer cosa alguna mas que por su dinero, echaron las puertas abajo. Al poco tiempo Wilna fué una ciudad saqueada. Si de antemano se conservaran tropas, á fin de mantener el orden bajo el mando de un gefe previsor y firme, si previamente se pusieran en puntos accesibles de una manera cómoda viveres para los mas impacientes, esta confusion se evitara. Pero, ausente Napoleon, nadie mandaba y nadie obedecia. Murat no era mas capaz de lo uno que de lo otro.

Sucesivamente llegó el ejército el 8 y el 9 de diciembre. Muy necesarios eran algunos dias de reposo á nuestros soldados extenuados, y fácil fue-

ra proporcionárselos, de no haberse expuesto á perecer inútilmente por los caminos á las tropas frescas que ocupaban á Wilna, y sobre todo de hacerse llegar al príncipe de Schwarzenberg y al general Reynier órdenes que estaban en actitud y en disposición de poner en planta. Con efecto el príncipe de Schwarzenberg, despues de haber recibido cinco ó seis mil hombres de refuerzo, habia vuelto á Slonim, y el general Reynier habia avanzado hácia el Narew, para alargar la mano á la division de Durutte, que llegaba de Varsovia. Este último habia encontrado en su camino al general ruso Sacken, le atrajo á sí y le hizo experimentar una sangrienta derrota. Advertido el príncipe de Schwarzenberg á tiempo, cayó sobre el flanco de Sacken, le asaltó á su vez, y cooperó á repelerle en desórden hácia la Volhinia. Estos triunfos, que costaron á Sacken de siete á ocho mil hombres, tuvieron el inconveniente de ser alcanzados á bastante distancia del Berezina y del punto decisivo de la campaña; pero tuvieron la ventaja de inutilizar á Sacken por largo tiempo, y de asegurar al príncipe de Schwarzenberg y á Reynier hácia sus espaldas, lo cual necesitaban para marchar adelante; y si desde el 19 ó el 20 de noviembre se les hablara á las claras, no limitándose á decirles, como hacia Mr. de Bassano, que todo iba bien en el grande ejército; que el emperador volvia de Moscou victorioso; revelándoles por el contrario que el ejército llegaba perseguido, cruelmente tratado por la estacion; que no estaba asegurado su regreso á Wilna sino á condicion de un poderoso socorro, de seguro el príncipe de Schwarzenberg sacudiera su timidez, á impulsos de su lealtad

personal, marchara, y en union del general Reynier pudiera estar antes del 28 de noviembre en Minsk, y antes del 10 de diciembre en Wilna. En tal caso, con las tropas que se hallaban en este punto, se juntaran unos sesenta mil hombres, y setenta y dos mil con los restos del grande ejército. Ahora bien los rusos distaban mucho de poder reunir otros tantos. Pero Napoleon habia partido sin dar órdenes; Mr. de Bassano, que le habia sucedido inmediatamente, no se creyó autorizado para suplir semejante falta, y el príncipe de Schwarzenberg y el general Reynier perdieron el tiempo entre Slonim y Neswij, no sabiendo qué hacer, ni á qué atenerse entre las noticias satisfactorias, que les llegaban por conducto de los franceses, y las noticias enteramente contrarias, que les hacian llegar los rusos (1). Se acaba de ver que el cuerpo hávaro del general de Wrede, la division de Loison, las brigadas de Coutard y Francescái, enviadas desde el seno de la abundancia y de una buena temperatura al centro de los horrores de esta retirada, fueron acometidas por el frio y desorganizadas del todo. De consiguiente Wilna estaba abierta, y no habia probabilidad alguna de defenderse allí contra los tres cuerpos enemigos que seguian el avance.

(1) La correspondencia de estos dos cuerpos suministra la prueba segura de las disposiciones de sus generales á obedecer las órdenes que se les hubieran expedido. Solo mas tarde vino al Austria el valor de abandonarnos; y además la fidelidad personal del príncipe de Schwarzenberg, que no cedió posteriormente sino ante un grave interés de su patria, no deja ninguna duda sobre lo que á la sazón se pudiera obtener de su persona. Nada enuncia-mos aqui de que no estemos informados perfectamente.

Habiendo dejado atrás su principal ejército el generalísimo Kutusof, para tomar el mando superior de los ejércitos rusos reunidos después del paso del Berezina, encargó a Wittgenstein que se adelantara sobre Wilna por el camino de Swenziani, á Tchitchakoff que concurriera al mismo punto por el de Ochmiana, y aunque despacio, también encaminó al fin sus tropas hácia Nowoi-Troki para impedir que Schwarzenberg se incorporara á Napoleón. A la verdad no tenía disponibles ochenta mil hombres entre todos, y no más de cuarenta mil podía presentar sobre el mismo punto un día de batalla. Pero estando Wilna al descubierto, para sembrar la confusión en su recinto, había bastante con una vanguardia de cinco á seis mil hombres. Esta vanguardia existía en los cosacos de Platow y en la infantería de Tchaplitz.

Por parte de los franceses no había cuerpo de tropas del cual quedaran algunos restos; el primero, de Davout, el segundo, de Oudinot, el tercero, de Ney, el cuarto, del príncipe Eugenio, el nono, de Victor, acabaron de disolverse en estos últimos días bajo la influencia del frío creciente de continuo y de una marcha sin descanso. A las puertas de Wilna, el mariscal Victor, el postrero que había llenado el papel de la retaguardia, finalizó por encontrarse sin un solo hombre. Cada soldado iba á calentarse y á comer donde podía, y sobre todo procuraba evitar las heridas que equivalían á la muerte. A lo sumo de la division de Loison habían sobrevivido tres mil hombres, y de la Guardia imperial quizá otros tantos. Todos los generales, heridos ó sanos, no teniendo á quien mandar, se fueron cada uno por su lado; y desconsolado Murat

en medio de aquel desorden por la responsabilidad que pesaba sobre su cabeza, alarmado por su reino al aspecto del vasto naufragio que había empezado ante sus ojos, poco sostenido por Berthier enfermo y consternado, no sabía qué hacer ni qué mandar con la cabeza turbada.

Pero el enemigo no le dejó ni siquiera tiempo de que vacilara. Según se ha dicho, las reliquias del ejército llegaron el 8 y el 9 de diciembre, y se hallaban hacinadas en Wilna, saqueando los almacenes de víveres y de vestuarios, cuando Platow apareció el frente de sus cosacos á las puertas de esta ciudad el 9 por la noche. A los primeros disparos la turbación y el desorden llegaron á colmo. Ya no había retaguardia. El general Loison, único que tenía á su disposición algunas fuerzas, acudió con el 19.º, antiguo regimiento ahora formado por reclutas, y probó á situarse fuera de la ciudad. El mariscal Ney, que no ejercía mando, si bien lo tomaba donde quiera que había peligro, lo cual se le consentía de buen grado, el anciano Lefebvre, que recuperaba en medio del riesgo, sus bríos antiguos, corrían por las calles de Wilna, gritando á las armas, y esforzándose por reunir algunos soldados con ellas para conducirlos á los bañartes. ¡Espectáculo triste y digno de compasión horrorosa el de ver al grande ejército reducido por designios insentados á tales miserias! Al cabo se contuvo á los cosacos, pero solo por algunas horas, y cada cual no pensó más que en la fuga. Murat, tan heroico en los campos del Moskowa; Murat, el invulnerable Murat, á quien parecía no poder tocar las balas ni la metralla, acometido de la enfermedad general de pronto, imitó á su soberano, y no

queriendo dejar á los rusos un rey prisionero, al modo que Napoleon no quiso dejarles un emperador, trasladóse al arrabal de Wilna abierto sobre el camino de Kowno. Allá fué para estar en aptitud de partir de los primeros. Se puso la noche del 10 en camino, diciendo que se procuraria juntar el ejército en Kowno detrás del Niemea. A mayor abundamiento no había órdenes que expedir, pues cada cual procuraba acelerar la partida. Fuéronse en confusión unos por un lado y otros por otro, dejando al enemigo vastos almacenes de todos clases, y, lo que era aun mas sensible con mucho, una porción de heridos y de enfermos, unos situados en los hospitales, otros depositados en las casas de los habitantes, donde el cirujano Larrey hizo que se les recibiera estos dos dias, y finalmente doce ó quince mil soldados faltos ya de fuerzas, y que preferian quedar prisioneros á proseguir aquella marcha mortal con un frio de 30 grados, sin abrigo durante la noche, y sin pan durante el dia. Aun se perdieron durante esta evacuacion atropellada diez y ocho ó veinte mil hombres que fuera facil poner en salvo. Toda la noche del 10 se empleó en salir de Wilna delante de los cosacos impacientes por penetrar en su recinto. Los tiros de fusil de los que entraban, á los cuales respondian los tiros de fusil de los que salian, mantuvieron á aquella desgraciada ciudad en el espanto. Horrible es decir que, tan luego como estuvo el ejército en retirada, los judios polacos, á quienes se habia forzado á recibir nuestros heridos, los arrojaban por las ventanas, y aun degollaron á algunos despues de haberles despojado. ¡Triste homenaje rendido á los rusos, de quienes eran parciales!

Otra escena alictiva sobrevino á las puertas de Wilna y como á una legua de distancia. Una montaña, que formaba la margen izquierda del Wilia, y que seis meses antes bajaron nuestros escuadrones victoriosos al galope en persecucion de los rusos, se veia cubierta de escarcha, y presentaba para los carros un obstáculo casi insuperable. Al pie de la cuesta se hallaban como apiñados los carros donde iban los oficiales heridos ó enfermos, las arcas de la artillería, y por último los furgones del tesoro, que Mr. de Bassano habia dejado el mas largo tiempo que pudo en Wilna, á fin de no confesar el peligro de la situacion harto pronto. Espantados los conductores por el ruido de la fusilería, gritaban y sacudian con el látigo á sus caballos, profiriendo juramentos horribles. No pudiendo los caballos sostenerse sobre el hielo, lo rompian con sus patas y al caer se ensangrentaban las rodillas, mientras los cañones, abandonados á mitad de la cuesta por ser imposible arrastrarlos á mas altura, se soltaban sobre la pendiente, y rodaban haciendo pedazos cuanto encontraban en su caída. Despues de muchas horas de este tumulto y de esta impaciencia, adoptóse el partido de cortar los tiros de los caballos y de abandonar aquellos restos preciosos al pié de la cuesta. Allí perecieron tambien mas heridos y enfermos. Diez millones de francos en oro y plata contenian los furgones del tesoro. Sin embargo algunos consiguieron salvar el pagador, muy celoso en el cumplimiento de sus deberes, si bien hubo de abandonar los mas de ellos á la codicia de los soldados. Infelices se contaron que, sintiendo reanimadas ante este espectáculo sus fuerzas, tuvieron valor para cargarse de metales

preciosos; pero despues de desvencijar los furgones, daban mil francos en plata por cien francos en oro, pues el peso quitaba todo valor á lo que era necesario llevar consigo. Allí quedaron algunos de los trofeos de Moscou y muchas banderas tomadas al enemigo. Acababa la noche, cuando los cosacos llegaron á poner término á la rapiña de los franceses y á sustituir la rapiña de los rusos. Nunca la codicia de estos ginetes de planta fugaz se vió llamada á coger un botin semejante.

Se emplearon los dias 10, 11 y 12 en andar las veinte y seis leguas que separan á Wilna de Kowno, y los restos del ejército alluyeron en esta última ciudad durante los dias 11 y 12 de diciembre. ¡En qué estado, en qué desnudez, en qué confusion se volvia á pasar este Niemen helado, que seis meses antes se habia cruzado bajo un sol hermoso, en número de cuatrocientos mil hombres, con sesenta mil ginetes, mil doscientas bocas de fuego y un brillo incomparable! Todo el que conservara el sentimiento bajo aquel frio de 30 grados, no podia menos de hacer esta comparacion cruel con los ojos arrasados de llanto. Helado el Niemen, los puentes que habiamos construido y rodeado de sólidas obras, no eran un medio exclusivo de pasar el rio, y así los cosacos lo habian ya cruzado al galope. No se podia pues aspirar á guardar á Kowno, como no se habia aspirado á guardar á Wilna, por no ser ya el Niemen en aquella estacion una verdadera línea de defensa. Vaciar los almacenes, esto es, saquearlos, era el único modo de sacar partido de ellos. Invadidos fueron con cierta especie de furia. Mucho mas abundantes eran que los de Wilna, pues la navegacion interior del Vistula al Nie-

men habia hecho afluir en aquel punto, gracias á la actividad del general Baste, todas las riquezas de Danzick. Nuestros infelices soldados se dirigieron sobre todo á los almacenes de bebidas espirituosas, buscando en el calor interior un socorro contra el frio exterior, y se mataban por impaciencia de volver á la vida. En un instante viéronse llenas las calles de toneles desfondados, y de soldados espirantes entre el ataque del frio y el de la borrachera.

Por la mañana del 12 de diciembre convocó Murat á los mariscales, al príncipe Berthier y á Mr. Daru para deliberar sobre la conducta que debia seguirse. Segun la relacion de todos los gefes ya no habia soldados en ningun cuerpo, quizá quedaban todavia á la division de Loison unos dos mil hombres, y alrededor de mil y quinientos en las filas de la Guardia, de los cuales á lo sumo quinientos capaces de disparar un tiro. Murat que, en su movilidad, pasaba respecto de Napoleon del amor al odio, y que en este momento no le perdonaba el poner en peligro las coronas de la familia de Bonaparte, soltó quejas contra el soberano, cuya ambicion insensata, segun decia, les precipitaba á un abismo. Todos los corazones participaban de estos sentimientos; pero, contenidos por el temor todavia la mayor parte, consolados otros, como Ney, de los infortunios presentes por la gloria adquirida en esta campaña, maravillándose otros, como Davout, de que los que mas provecho habian sacado de la ambicion de Napoleon fueran los primeros en quejarse, acogieron las recriminaciones de Murat con el silencio ó la censura. Especialmente Davout, á quien inspiraban aversion instintiva así las

dotes aventajadas como los defectos del rey de Nápoles, y que habia tenido con él muchos y serios altercados, le impuso silencio manifestando que, si la ambicion de Napoleon debia hallar en el ejército censores, no era en aquellos de sus lugartenientes á quienes habia ceñido coronas, y que además en las circunstancias actuales solo habia que tener á la vista un objeto, el de salvarse, sin añadir malos ejemplos á la indisciplina de las tropas. Esta escena, que revelaba el estado de los ánimos, no tuvo consecuencias, y se pasó á ocuparse de lo que habia que poner por obra. Se encargó de comun acuerdo al mariscal Ney la defensa de Kowno y la direccion de este fin de retirada. Para dar lugar á que pasara por delante el torrente de fugitivos, debia defender á Kowno durante cuarenta y ocho horas con el resto de la division de Loison, con algunas tropas de la confederacion germánica, y retirarse de seguida á Koenigsberg, donde se le incorporaria el mariscal Macdonald, que retrogradaba de Riga á Tilsit por su parte. Juzgóse imposible reunir los restos del ejército en otro punto que sobre el Vístula, este es, detrás de una línea donde cesaran de ser perseguidos. Decidióse que los cuadros, consistentes en treinta ó cuarenta oficiales por regimiento, y algunos subalternos, que llevaban las banderas, se reunirían los de la Guardia en Danzick, los del primero y sétimo cuerpo, de Davout y de los westfalianos, en Thorn, los del segundo y tercer cuerpo, de Oudinot y Ney, en Marienburgo, los del cuarto y sexto, del príncipe Eugenio y de los bávaros, en Marienwerder, los del quinto, de los polacos, en Varsovia, y que hácia estos puntos de reunion se empujaria á los solda-

dos esparcidos por los caminos. Para tentar el último esfuerzo bajo los muros de Kowno, pidió el mariscal Ney que se le agregara el general Gerard, y le fué concedido.

Adoptadas estas disposiciones se pusieron en marcha hácia Koenigsberg todos. Solos se quedaron Ney y Gerard en Kowno para probar á detener á los cosacos. Ney situó en las obras construidas, delante de los puentes del Wilia y del Niemen, algunas tropas alemanas, y á lo largo de las heladas aguas de ambos rios, que era menester disputar sin el apoyo de ninguna obra defensiva, á los restos de la division de Loison, especialmente al 29.º de línea, antiguo regimiento, segun hemos dicho, ahora compuesto de reclutas. Ya el 13 por la mañana asomaron los cosacos con su artillería llevada sobre trineos. Primero se presentaron en el puente del Niemen por el camino de Wilna é hicieron descargas sobre la cabeza del puente. Los soldados alemanes de Reuss y de la Lippe, poseídos de terror pánico, no quisieron oír hablar de defenderse, tiraron las armas y clavaron sus cañones. Lleno de honor el oficial que los mandaba, se levantó la tapa de los sesos desesperadamente. Al ruido que sonaba por este lado, acudieron Ney y Gerard, y tomando á los soldados de la mano, conjurándolos á detenerse, cogiendo un fusil cada uno, haciendo personalmente fuego, apenas lograron contener á algunos. Al ver esto echaron pie á tierra doscientos cosacos, y marcharon con el fusil en la mano sobre la cabeza del puente. Ney y Gerard se iban á encontrar solos, cuando Rumigni, ayudante de campo del mariscal Ney, trajo un destacamento del 29.º, que con sus disparos contuvo

á los cosacos y obligóles á retroceder camino. El mariscal Ney creyó haber salvado á Kowno, y en un movimiento de efusion estrechó al general Gerard en sus brazos. Pero muy pronto se desbandaron los alemanes, y los soldados del 29.º arrastrados por el ejemplo, espantados particularmente de verse reducidos á algunos centenares de hombres para defender á Kowno, se marcharon poco á poco, y al fin de la jornada del 13, Ney y Gerard no tuvieron á su lado mas que quinientos ú seiscientos hombres y ocho bocas de fuego de la division de Loison. Despues de mantenerse firmes todo el dia 13, y de hacer que pasaran por delante cuantos rezagados fué posible, resolvieron partir personalmente la misma noche con los pocos hombres fieles que habian conservado. Con los que les quedaban on habia por lo menos para resistir á una carga de cosacos. A eso de media noche, seguros de que cuantos podian andar ya habian desfilado, trataron de trepar aquella misma cumbre, desde la cual el 24 de junio dominaba el ejército el curso del Niemen y se disponia á pasarlo. Pero las escarchas, al modo que al salir de Wilna, habian detenido á los últimos carros de los bagages y de la artillería y á algunos furgones, única reliquia del tesoro. ¡Igual escena, los propios esfuerzos, los mismos gritos que en Wilna, y la misma impotencia! Para mayor desastre, despues de cruzar algunos cosacos el Niemen sobre el hielo, treparon el respaldo de la cumbre, y amenazaban cortar el camino. Ante este nuevo peligro, los quinientos ó seiscientos hombres de Ney y de Gerard se dispersaron en las tinieblas, buscando cada uno su salvacion donde creia hallarla. Solos casi el mariscal Ney y el ge-

neral Gerard con algunos oficiales, ya no tuvieron que pensar mas que en la seguridad de sus personas, y torciendo hácia la derecha, siguieron el curso del Niemen para ocultarse á la vista del contrario, continuando á lo largo del encajonado y heladísimo lecho del rio. Sanos y salvos ganaron despues el camino de Gumbinnen á Koenigsberg, único y postrer servicio que podian prestar entonces, pues algo era salvarse estos dos hombres en la inmensidad de tamaño desastre.

A contar desde este momento, ya no hubo un solo cuerpo armado, y la retirada acabó por pequeñas bandas, fugitivas á través de las heladas llanuras de Polonia y delante de las últimas correas de los cosacos. Estos, despues de andar algunas leguas mas acá del Niemen, volvieron á entrar en línea junto al rio, que no querian cruzar los ejércitos rusos triunfantes, pero agotados de fuerzas y reducidos en dos terceras partes.

Á Koenigsberg habian llegado los estados mayores y la Vieja Guardia. De siete mil hombres, que contaba esta al principio de la campaña, le quedaban cinco mil novecientos sesenta y dos al evacuar á Esmolensko. De estos cinco mil novecientos sesenta y dos, al llegar á Koenigsberg habia perdido quinientos veinte y ocho hombres muertos ó heridos, que no pudieron ser trasportados, mil trescientos setenta y siete, de los cuales se sabia que sucumbieron á la fatiga ó á la miseria, dos mil quinientos ochenta y seis que se suponian helados ó cogidos por no poder seguir la marcha, esto es, cuatro mil cuatrocientos noventa y uno desaparecidos desde Esmolensko, y de ellos solo quinientos veinte y ocho en los combates. De pie

habia mil cuatrocientos setenta y uno el 20 de diciembre, de los cuales serian capaces de disparar un fusil quinientos. Remitido fué al estado mayor por el mariscal Lefebvre el cuadro de estas pérdidas de la Guardia. ¡Y era el único cuerpo al cual se habian hecho distribuciones regulares! De la Joven Guardia no quedaba ningun vestigio.

En Koenigsberg habia cerca de diez mil individuos en los hospitales, corto número de ellos heridos y la mayor parte enfermos. Entre estos, los unos tenian los miembros helados, los otros estaban atacados de una especie de epidemia, llamada fiebre de congelacion por los médicos y horriblemente contagiosa. Aunque extenuado de cansancio y de padecimientos corrió el heróico Larrey á estos hospitales, para cuidar á nuestros enfermos, y allí contrajo el funesto contagio que le arrastró al borde del sepulcro. De cualquiera especie que sea, figura el heroísmo como el consuelo de los grandes desastres. Este consuelo tuvimoslo del todo, pues ignató á la magnitud de nuestras desventuras. En Koenigsberg, en medio de la muchedumbre de infelices, que expiabán con la muerte ó la ambicion de Napoleón o su propia intemperancia, hubo dos defunciones, por siempre sensibles, dos especialmente, la del general Lariboisiere y la del general Eblé. Abrumado el primero de fatigas, soportadas con rara constancia á pesar de sus muchos años, pero inconsolable sobre todo por la pérdida de un hijo, muerto á sus ojos en la batalla del Moskowa, falleció de la epidemia reinante en Koenigsberg. Se nombró por sucesor suyo al ilustre Eblé en el puesto de comandante general de la artilleria; pero este noble anciano, acometido tambien de una

enfermedad mortal en el Berezina, y no habiendo hecho mas que languidecer desde entonces, expiró á los dos días de exhalar el último aliento el gefe á quien acababa de reemplazar. De los cien pontoneros, que á su voz se habian metido en las aguas del Berezina para construir los puentes solo vivian doce. De los otros trescientos, apenas quedaba una cuarta parte. Esta necrologia del ejército es desgarradora, pero es necesario que los grandes hombres y las naciones conozcan lo que cuestan las empresas insensatas, y lo que costó esta, una de las mas locas y mas mortíferas que se han acometido nunca. Frecuentemente se ha procurado calcular las pérdidas de Francia y de sus aliados en la expedicion de Rusia. ¡Cuenta espantosa é imposible! Sin embargo cabe aproximarse á la verdad, aunque no fijarla. El ejército total, destinado á operar del Rhin al Niemen, ascendia á seiscientos doce mil hombres y á ciento cincuenta mil caballos, y con los austriacos á seiscientos cuarenta y ocho mil hombres. De ellos cuatrocientos veinte mil pasaron el Niemen. Despues se les unieron treinta mil combatientes del nono cuerpo al mando del mariscal Victor, doce mil de la division de Loison, quince mil de la division de Durutte, algunos aliados y algunos batallones de marcha en número de veinte mil hombres, y por último los treinta y seis mil austriacos, sumando asi los que pasaron el Niemen hasta quinientos treinta y tres mil hombres entre todos. A las órdenes del principe de Schwarzenberg y del general Reynier quedaban cuarenta mil austriacos y sajones, retirándose á pasos contados por entre el Bug y el Narew, quince mil prusianos y polacos á las órdenes del mariscal Macdonald,

esforzándose por llegar al Niemen, y algunos soldados aislados, volviendo á ganar la línea del Vístula por entre las llanuras de la Polonia. De estos soldados aislados se recogieron treinta ó cuarenta mil posteriormente. Así se contaban perdidos cuatrocientos treinta y ocho mil hombres, de los cuales retenían prisioneros unos cien mil los rusos. Según esta cuenta serían trescientos cuarenta mil los muertos. ¡No, por fortuna! Habiéndose desbandado un número que no puede determinarse al principio de la campaña, poco á poco volvieron á su país nativo á través de la Polonia y la Alemania; pero no es exagerado decir que cerca de trescientos mil hombres murieron en el fuego, ó de miseria, ó de frío. ¿Qué parte cupo á los franceses en esta horrible hecatombe? Los aduladores de Napoleón, pues siempre los tuvo, reinando ó destrozado, vivo ó muerto, han querido consolarnos, diciendo que en este sacrificio de trescientos mil hombres tocó mas parte á los aliados de Francia que á nosotros; falsedad material, pues nos tocaron dos terceras partes en este horroroso lote. ¡Mas rechacemos ese indigno consuelo, y tengamos por franceses á cuantos aliados murieron con nosotros!

Sacada esta cuenta. ¿Qué se puede decir de la empresa en sí misma? ¿Qué juicio se puede emitir sobre ella, no pronunciado ya por el buen sentido de las naciones?

Nada, ó casi nada podía hacer que la empresa fuese venturosa. Ni aun la infalibilidad en el modo de proceder alcanzara á corregir el vicio esencial de que adolecía. Y todavía era mas imposible el buen suceso con las faltas cometidas y emanadas en su mayor parte del mismo principio de la empresa.

Ante todo no fué necesaria á Napoleón si políticamente se considera: prosiguiendo perseverante la guerra de España, por ingrata que fuese, consagrando á ella sus fuerzas y su dinero de una manera exclusiva, y sacrificando ademas algunas adquisiciones de territorio mas onerosas que útiles, obtuviera la paz general sin duda alguna. Y aun suponiendo que haya error en esto, y que antes de llegar á la paz general se hubiera de unir de nuevo la Rusia á la Inglaterra, convenia no anticipársela, dejarla el cargo de la agresion, aguardarla junto al Vístula donde se la batiera de seguro, porque se tuvieran trescientos mil combatientes de los quinientos mil soldados puestos en movimiento, al par que de los seiscientos mil apenas se contaron ciento cincuenta mil junto al Moskowa, y batida junto al Vístula la Rusia, quedara tan vencida y mas que junto al Dwina ó el Moskowa. Ir á buscar á los rusos, en vez de esperarlos junto al Vístula, es una de las faltas políticas mas enormes de la historia, y esta falta no fué efecto de un error de talento de Napoleón, sino de un arrebato de su carácter impetuoso que no se acomodaba ni á la lentitud, ni á la espera. Para un conquistador son invencibles los rusos dentro de su casa: no lo serian para Europa francamente ligada en interés de su independencia. Atacando por mar la Europa, ó bien avanzando por tierra metódicamente y con paciencia, marchando con constancia de una línea á otra, y sin tener por que inquietarse de lo que dejara á su espalda, llegaria á alcanzar el triunfo sobre este vasto imperio, si se uniera por un interés general y universalmente sentido. Pero marchar sobre Moscou por medio de Europa, conjurada en secreto, y

dejándola detrás llena de odios, era una ciega temeridad, al par que, aguardando á Rusia en Alemania ó en Polonia, se venciera á la vez á Rusia y á Alemania, si esta se declarase aliada suya.

De consiguiente, irrazonable la empresa en principio, lo era mas todavía considerando el estado en que Napoleon se hallaba en 1812 bajo el aspecto de las fuerzas militares. Ya no habia aquellas veteranas huestes de Austerlitz y Friedland, pues habian ido á morir, ó acababan de perecer en España. Algo le quedaba de ellas en el cuerpo de Davout, en algunas antiguas divisiones de Ney, Oudinot y Eugenio: por desgracia se las habia aumentado desmesuradamente con jóvenes reclutas, llevados por fuerza á las filas, unos robustos pero indóciles, otros dóciles, pero todavía muy tiernos, y á aquellas veteranas huestes así debilitadas se habia mezclado además una porcion de aliados, que nos aborrecian de veras: que se batian sin duda, pero que desertaban tan luego como se les ofrecia ocasion favorable. Con tan incoherente conjunto no se debió tentar semejante empresa. Mas valieran trescientos mil veteranos como los del mariscal Davout, que los seiscientos mil soldados que se reunieron, pues disminuyeran en la mitad las dificultades de alimentarlos, y alimentándolos, se les conservara en las filas. Por haber avanzado hasta el Niemen se estuvo á pique de sucumbir el año de 1807, á pesar de llevar excelentes soldados; probar á ir el año de 1812 á doble distancia, con soldados dos veces inferiores, equivalia á hacer infalible el desastre. Y aqui resalta una verdad de mucho hulto, y es que Napoleon tocaba al término de su sistema ambicioso, consistente en vencer

las afecciones de los pueblos con fuerzas de toda clase, levantadas á toda prisa é imperfectamente organizadas. Se estaba á la vez al cabo de la dificultad y de los recursos, porque, despues de coartarse la rabia de los españoles, que consumia parte de nuestras mejores tropas, pasar por encima de la rabia concentrada de los alemanes, para ir á enorme distancia á provocar la rabia incendiaria de los rusos, y oponer á esta rebelion de los corazones en toda Europa, rebelion sorda ó fulminante, soldados apenas formados, apenas agregados unos á otros, mezclados á una muchedumbre de naciones secretamente hostiles, retenidas por el honor solamente á la hora del combate, si bien prontas á desertar así que el honor se lo consintiera, juntar así á la dificultad de los odios que habia que vencer la dificultad de las distancias que habia que atravesar, con fuerzas, no mas vigorosamente compuestas en proporcion de la dificultad, sino por el contrario mas débilmente constituidas que la dificultad era grande, equivalia á amontonar en una empresa todas las ilusiones que se puede forjar el despotismo embriagado con el triunfo, equivalia á prepararse casi inevitablemente la catástrofe mas terrible.

De consiguiente la falta esencial consistia en la misma empresa. Fuera estéril rebuscar las faltas de ejecucion que pudieron añadirse á la principal falta, si casi todas las faltas de ejecucion se derivaron de ella, al modo que las consecuencias se derivan irremisiblemente de su principio.

Así, es verdad que Napoleon, entrado en Rusia el 24 de junio, se detuvo diez y ocho dias en Wilna, diez y ocho dias muy preciosos; que, empujan-